

LA CORTE
CELESTIAL

MARIÁNGEL ALCÁZAR

El valor de la humildad

El pasado viernes el tenista Rafa Nadal recibió, en Oviedo, de manos de don Felipe, el premio Príncipe de Asturias por sus méritos deportivos pero, sobre todo, y así consta en el acta del jurado, por su actitud humilde tanto en la victoria como en la derrota. Nadal, el más joven de entre los cientos de personas premiadas desde 1981, es un deportista brillante pero, en Oviedo, su orgullosa familia, padres, hermana, abuelos, tíos, también tuvo su reconocimiento. A la madre de Nadal la paraban por la calle para felicitarla, pero no por el premio, o no sólo por el premio, sino sobre todo por la manera de comportarse de su hijo, un chaval que se mueve entre el éxito y el dinero sin contaminarse. Durante su estancia en Oviedo, Rafa Nadal paseó por las calles atendiendo a todo el mundo, fotografiándose con cuantos se lo pedían. Pero, en medio de una vorágine de entrevistas y compromisos, Rafa Nadal tuvo tiempo para pensar en otro Rafael Nadal, su abuelo, músico mallorquín y persona cabal, a quien puso en contacto con otro compositor, el venezolano José Antonio Abreu, fundador del sistema nacional de orquestas juveniles e infantiles de Venezuela, que recibió el premio Príncipe de Asturias de las artes por su trabajo por la música y por la integración social de miles de muchachos a través de su pertenencia a pequeñas orquestas. Nadal abuelo conocía el trabajo de Abreu y Nadal nieto los presentó para que charlaran de música y de valores,



MANUEL H. DE LEÓN / EFE

Nadal recibe su premio de manos del Príncipe

mientras el tenista se emocionaba por haber podido hacerle ese regalo a su abuelo.

Estas son algunas de las pequeñas historias que cada año se escriben en Oviedo con motivo de la entrega de los premios Príncipe de Asturias, un acontecimiento en el que se huye de la pompa y que, desde el principio, ha intentado distinguir a

Los premios Príncipe de Asturias reconocen el compromiso moral de las personalidades galardonadas

personalidades comprometidas y valerosas. No siempre se ha acertado, sobre todo cuando se ha querido adornar los galardones con personajes del momento.

En Asturias se

duelen de que uno de sus hijos más conocidos, el piloto Fernando Alonso (premio Príncipe de Asturias de los deportes en el 2005), no estuviera a la altura de las circunstancias, no tanto por sus éxitos deportivos, que nadie pone en duda, como por su incapacidad de contagiarse del espíritu de los premiados que tienen como denominador común ser tan excepcionales en sus respectivos campos profesionales como en su compromiso moral. Qué tendrá que ver el piloto Fernando Alonso, moviéndose en ese mundo de vanidades que es el circo de la fórmula 1, con el médico Pedro Alonso, premiado el pasado viernes, junto a un grupo de investigadores africanos, con el premio Príncipe de Asturias por su lucha titánica contra la malaria y, sobre todo contra la pobreza. Rafa Nadal, por lo menos, ha creado una fundación para devolver lo que el éxito le ha dado.

LA TERRAZA



JOAN DE SAGARRA

Caballero Enrique Vila-Matas

El martes cogí el AVE para ir a Madrid. Salí a las 9.30 de la estación de Sants y al mediodía llegaba a la de Atocha. Un recorrido sin parada alguna, que aproveché para leer los periódicos y dar una cabezadita. Una delicia. No más llegar a Madrid, pillé un taxi que me dejó en el Wellington, un bonito hotel de toreros que hay en la calle Velázquez –donde Ramón Gómez de la Serna tuvo su *torreón*, una buhardilla que había alquilado al propietario del edificio, el vizconde de Matamala–, y después de acicalarme un poquito me fui a tomar el aperitivo al Madrid de los Austrias, que es el Madrid de mi

Mi primo recibió la insignia de la Legión de Honor, 'le plus élevé des ordres nationaux français'

infancia y de mi adolescencia.

En la terraza de la plaza Mayor, apenas había una docena de turistas y se disfrutaba de un solecito muy agradable. Mientras me tomaba mi whisky, iba recitando de memoria aquel soneto que Quevedo le dedicó a la plaza y que mi padre me recitaba de niño: "Mientras fui tabiques y desvanes,/ desigual en cimientoy azotea,/ tela fina en lacayos fui librea:/ ya no me puedo hartar de tafetanes...". El whisky me abrió el apetito y me encaminé a La Toja, un gallego que hay en la calle 7 de julio donde siempre me han tratado muy bien. Me almorcé, para empezar, unas gambas blancas de Huelva, seguidas de unas vieiras de Cambados y, para terminar, un changurro, todo regado con un buen Albariño. De postre, un buen pedazo de teta gallega con membrillo. Todo muy rico y a un precio más que razonable. Un cafetito, el orujo y el cigarro de rigor, y me fui al hotel a echar una siestecita antes de ir a la embajada.

El martes había ido a Madrid para asistir a la entrega de las in-



MARÍA JESÚS DE ELDA

Vila-Matas con su Legión de Honor junto al duque de Saint Simon

signias de caballero de la Legión de Honor –*le plus élevé des ordres nationaux français*, como bien saben nuestros vecinos– a Enrique Vila-Matas, mi primo Enrique, el famoso escritor catalán, insignias que debía imponerle el también caballero de dicha orden señor Bruno Delaye, embajador de Francia en España. El acto estaba anunciado para las siete de la tarde, en los salones de la Résidence de France, en la calle Serrano, y allí nos encaminamos Enrique, Paula de Parma, su mujer, y un grupo de amigos llegados, como yo, de Barcelona. Llegamos a la

Résidence unos minutos antes de las siete y nos encontramos con la puerta cerrada. Llamamos y nos abrió un guardia civil, con tricorno incluido, que nos preguntó qué deseábamos. Enrique, tras identificarse, le dijo que venía para que le pusieran una medalla. Entonces, el guardia civil, un tanto sorprendido, le dijo a Enrique: "Y cómo sé yo que usted es quien dice ser". Y yo me acordé de cuando a Enrique le detuvieron unos policías franceses en el desaparecido Drugstore de Saint Germain-des-Prés tras confundirle con el célebre terrorista Carlos.

¿VALE LA PENA?

Sí *Dietario voluble*, el último libro de Enrique Vila-Matas (Anagrama, 2008). Es una selección del cuaderno de notas personal que publica los domingos en la edición de Catalunya del diario *El País* con el mismo título. Es un buen libro para adentrarse en el mundo de Enrique: sus países, sus amigos, sus autores favoritos, sus fobias y, como telón de fondo, ese paseo Sant Joan que fue el territorio de su infancia y de su adolescencia y que hoy es el mío.



No No vale la pena llevarse el petaca de whisky al AVE. En el coche número cuatro, donde se halla la cafetería, te sirven en un vaso limpio, con los hielos que quieras, una botellita de Ballantine's (el único whisky que tienen) por la discreta cantidad de 3,60 euros, un precio bastante inferior al que te cobran por esa misma copa en el paseo de Gràcia. Lo mismo pasa con otras bebidas y con los bocadillos (con uno de jamón te regalan una minicerveza). Y el servicio es amable y bueno.